



*Sábado de la I semana de Adviento, 9 de diciembre de 2017.
Monasterio de MM. Cistercienses Calatravas, Morzarzal (Madrid)*

*Homilía en la apertura del año del
50 aniversario de la muerte de THOMAS MERTON*

Is 30, 19-21.23-26. Se apiadará de ti al oír tu gemido.

Sal 146. R./ Dichosos los que esperan en el Señor.

Mt 9, 35, 10-1.5a.6-8. Al ver a las muchedumbres se compadecía de ellas.

Queridos hermanos y hermanas en la fe del bautismo y en la espera del Salvador:
Thomas Merton, como todos los monjes y monjas cristianos, fundamentaba su vida y su desarrollo espiritual al ritmo de los tiempos litúrgicos y de las lecturas propuestas en la eucaristía de cada día. Hoy, cuando en esta sencilla y humilde celebración comenzamos el año dedicado a recordar los 50 años de su muerte (1968), también ponemos nuestra esperanza en la Palabra de Dios proclamada para nosotros ahora.

Estamos justo al comienzo del Adviento, tiempo muy querido para él y muy rico en contenido litúrgico, espiritual y místico. Un tiempo no solo abierto a los cristianos, sino a todos los buscadores de esperanza para nuestro mundo, para todos quienes sienten de verdad “compasión” por la humanidad que, en su constante progreso en la Historia, sufre y gime con dolores de parto ansiando sea dada a luz la salvación, que la Mujer que huyó al desierto, finalmente, alumbre al Señor de la *Vida* y de la *Compasión*.

Isaías, lleno de emoción y ternura por el pueblo de Israel, con lenguaje finamente poético como es el suyo, derrama consuelo en momentos difíciles; no pierde la esperanza; como buen “profeta” ve más allá de lo inmediato, sabe que es Dios quien guía a Israel y no los acontecimientos cotidianos, ni las propagandas de los que quieren aprovecharse de las ocasiones para introducir el culto a dioses “extraños”. Isaías se ha transformado en “profeta del Adviento”; debemos familiarizarnos un poco más con sus escritos, aprender de su mansedumbre, de su compasión por los pobres, los desolados, los que sufren y han perdido la esperanza. A pesar de la desolación, Isaías es optimista... sabe que la oración será siempre escuchada.

Isaías nos da una lección: lo importante de la oración y la súplica no es obtener fácilmente lo que se pide, sino tomar las actitudes que inspira la Palabra de Dios y así transformar las realidades cotidianas y el mundo.

El Evangelio de hoy, en el ambiente de esta primera semana, y refiriéndose a diversas acciones de Jesús, nos habla, en realidad, del Dios que viene y al que esperamos. Dios vino al mundo como “niño” en la Historia, una vez, en la persona de Jesús, es cierto; pero eso pasó una vez. Para nosotros es un hecho de fe, y tiene su parte de carga “simbólica” y parte “teológica”.

Jesús, en el evangelio de Mateo, nos muestra “cómo es Dios”, y con sus acciones “revela” el corazón de Dios. Durante esta semana los evangelios de la eucaristía nos han mostrado a un Jesús que “toma siempre la iniciativa” (lunes, en casa del Centurión), que “quiere acudir en persona y entrar en contacto con el necesitado” (martes, predilección por los pequeños), que “rompe las barreras de los prejuicios y las costumbres” (miércoles, predica sentado entre la multitud), “quiere compromisos, no palabras” (jueves, se deben seguir sus palabras), “se

interesa por las necesidades y toca a las personas” (viernes, curación de los ciegos), “se conmueve su corazón ante las multitudes” (hoy, sábado, recorre ciudades, predica, cura, quiere más operarios... define la “vocación” de sus discípulos y la suya propia).

Es curioso que, precisamente al comenzar el Adviento, aparezcan estos evangelios. ¿Razón? Este es el “anuncio”, lo que “esperamos”, lo que “celebramos”; no pensemos en un niño inofensivo e inocente, que despierta compasión y ternura; pero que un día dejará de ser niño y se transformará en adulto. El Dios que esperamos aparezca en Navidad, es el Dios de estos evangelios narrados; eso sí, que se introduce en la historia humana en la vida de un hombre.

Jesús siente “compasión” porque mira el mundo y a las personas desde el corazón de Dios. No es cuestión meramente de sensibilidad pasajera; la compasión de Jesús sacude su alma y le mueve a la acción.

Recomendaría leer con atención la entrada “Compasión” en el “Diccionario de Thomas Merton”. Recojo un par de párrafos:

Pero, si quiero tratar a otros seres como seres humanos, tengo que tener compasión por ellos. “Tengo que tener al menos la compasión suficiente para darme cuenta de que, cuando sufren, sienten más o menos lo mismo que siento cuando sufro yo”. Una forma de entender esto es decir que mi deseo de ayudar da sentido a la visión contemplativa de nuestra unidad con los demás en Dios.

De hecho, Merton relaciona específicamente la compasión con la contemplación: “La contemplación no tiene sentido para alguien que no intente cultivar la compasión [por los demás]”.

Esta visión fue emergiendo gradualmente en su vida. Durante sus primeros años monásticos buscaba estar solo con Dios. Hacia 1961 estaba preparado para hablar en contra de la guerra y la violencia y a favor de una resolución pacífica de diferencias y conflictos. La soledad en la que había encontrado a Dios a través de la contemplación había dado como resultado aquello en lo que toda soledad contemplativa debe convertirse: *la compasión*.

Al encontrar a Dios en su contemplación, encontró al Pueblo de Dios, que es inseparable de Dios y que, en el nivel más profundo de su ser (un nivel que solo la contemplación puede alcanzar), es uno con Dios, el Fundamento oculto del amor (*Hidden Ground of Love*) de todo lo que existe. Merton se dice a sí mismo y nos dice a nosotros: “Debo aprender a compartir con los demás sus alegrías, sus sufrimientos, sus ideas, sus necesidades y sus deseos”. Además, la verdadera compasión tiene que ser global. Ha de tener un dinamismo ecuménico. No puede extenderse solo a

los que son “de mi clase, profesión, raza o país,” sino también a los que sufren y pertenecen a otros grupos, aunque nos sean hostiles. La compasión no es tampoco tan solo algo bueno que ofrezco si tengo ganas de hacerlo. Es un elemento esencial de nuestro compromiso con Dios. “Si hago esto, obedezco a Dios. Si me niego a hacerlo, Le desobedezco. Por lo tanto, no es algo sujeto a un capricho subjetivo”.

Efectivamente, no estamos aquí por capricho o por dejarnos llevar de una emotividad particular y pasajera. Nuestra vocación humana y cristiana trascienden nuestra propia inmediatez, las cosillas del día a día... y es esa vocación, precisamente, la que debe iluminar esas “cosillas”, o las situaciones más difíciles y dolorosas de la vida.

El evangelio leído hoy en esta eucaristía es un resumen extraordinario y una explicación de nuestro ser en el mundo como “operarios de la mies”, como “enviados, apóstoles y profetas”, como “administradores y consoladores”.

De otros escritos de Merton se desprenden algunas ideas que quisiera recordar; él señala que, cuando llegó al monasterio, dejó detrás una interpretación de sí mismo que se había forjado en la sociedad civil, una sociedad que “es feliz porque bebe Coca-Cola...); una sociedad reflejada en los medios de comunicación y en la publicidad, en las películas, en la televisión... con todas esas máscaras pomposas y frívolas con las que esconde su insensibilidad, su sensualidad, su hipocresía, su crueldad y su miedo”. Insiste prosiguiendo insistiendo en que hacerse monje significa que toda su vida es una protesta contra esos falsos valores y una desaprobación de los mismos: “Antes de que podamos considerar adecuadamente nuestro lugar en el mundo, tenemos que volver al respeto fundamental cristiano por la transitoriedad del mundo y de la estructura institucional de la Iglesia. El verdadero *desprecio del mundo* es más bien *compasión* por el mundo fugaz y una humildad que rehúsa arrogantemente organizar la Iglesia como una institución ‘eterna’ en el mundo”.

Jesús se sentó en medio de la multitud para enseñar y darle de comer. En esta eucaristía nos hemos reunido para “escuchar las Escrituras y partir (compartir) el pan”.

